

GIOVANNI VERGA

*Cartas de una novicia*  
(*Historia de una curruca*)

GRANDES CLÁSICOS



FUNAMBULISTA





Cartas de una novicia  
(Historia de una curruca)

Grandes Clásicos

Giovanni Verga

Cartas de una novicia  
(Historia de una curruca)

Traducción de Elda Gómez Palmeiro

Postfacio de Javier Ruiz Martín



Primera edición: julio de 2015

Título original: *Storia di una capinera* (1871)

© de la traducción: Elda Gómez Palmeiro, 2015

© del postfacio: Javier Ruiz Martín, 2015

© de la presente edición: Editorial Funambulista, 2015

c/ Flamenco, 26 - 28231 (Las Rozas) Madrid

[www.funambulista.net](http://www.funambulista.net)



Esta obra ha sido publicada con una subvención del Ministerio de Educación, Cultura y Deporte, para su préstamo público en Bibliotecas Públicas, de acuerdo con lo previsto en el artículo 37.2 de la Ley de Propiedad Intelectual

IBIC: FC

ISBN: 978-84-943769-8-6

Depósito Legal: M-23003-2015

Maquetación de interiores y cubierta: Gian Luca Luisi

Motivo de la cubierta: *La monja*, Francesco Hayez (1791-1882)

Impresión y producción gráfica: AFANIAS Industrias Gráficas

Impreso en España

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 47)

Reservados todos los derechos. No se permite reproducir, almacenar en sistemas de recuperación de la información ni transmitir parte alguna de esta publicación, cualquiera que sea el medio empleado —electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, etc.— sin el permiso previo por escrito de los titulares del *copyright*.

Cartas de una novicia  
(Historia de una curruca)



**H**abía visto una pobre curruca encerrada en una jaula: era tímida, triste y enfermiza; nos miraba con ojos espantados; se refugiaba en un rincón de su jaula y, cuando oía el canto alegre de los otros pajarillos que gorjeaban en el verde del prado o en el azul del cielo, los seguía con una mirada que se habría podido adivinar llena de lágrimas. Sin embargo, la pobre prisionera no se atrevía a rebelarse, ni trataba de romper los barrotes que la tenían encerrada. No obstante, sus guardianes, unos lindos niños que se entretenían con su calvario y le compensaban su melancolía con migas de pan y palabras amables, la querían. La infeliz curruca intentaba resignarse, pobre-cilla. No era mala, tampoco quería reprenderles con su dolor, por eso se esforzaba en picotear tristemente el mijo y las migas de pan, pero no podía tragarlos. A los dos días, inclinó la cabeza bajo el ala, y, al tercero, la encontraron rígida en su prisión.

Había muerto. ¡Pobre curruca! A pesar de que su recipiente de comida estaba lleno, había muerto porque en aquel cuerpecito había algo que no se alimentaba solo de mijo, y que sufría por algún motivo más allá del hambre y de la sed. Cuando la madre de los dos niños, inocentes y despiadados verdugos del pobre pajarillo, me contó la historia de una infeliz cuyo cuerpo había sido aprisionado tras los muros de un convento y cuyo espíritu había sido torturado por la superstición y por el amor—una de esas íntimas historias que nos pasan inadvertidas todos los días; la historia de un corazón tierno y tímido que había amado, llorado y rezado sin atreverse a dejar ver sus lágrimas y hacer oír su plegaria, y que, finalmente, se había encerrado en su dolor y había muerto—, pensé en la pobre curruca que miraba al cielo a través de las rejas de su prisión, que no cantaba, que picoteaba penosamente su mijo, que había doblado bajo el ala la cabecita y que había muerto.

Es por esto por lo que he titulado este libro: *Storia di una capinera*.<sup>1</sup>

*Florenzia, verano de 1869*

---

1. Se trata del título original. Literalmente: «Historia de una curruca capirotada». (*Nota del editor*.)

*Monte Ilice, 3 de septiembre de 1854*

Querida Marianna:

Había prometido que te escribiría, y ¡mira cómo mantengo mi promesa! En veinte días que hace que estoy aquí, corriendo por los campos, sola, ¡completamente sola!, ¿entiendes?, desde la salida del sol hasta la noche, sentándome en la hierba bajo estos inmensos castaños, escuchando el canto de los pajarillos que están alegres y saltan como yo, y dan gracias al buen Dios, no he encontrado un minuto, ni uno, para poder decirte que te quiero cien veces más, ahora que estoy lejos de ti, y que ya no te tengo al lado a cualquier hora, como te tenía allá, en el convento. ¡Qué feliz sería si tú estuvieras aquí, conmigo, recogiendo florecillas, persiguiendo mariposas, fantaseando a la sombra de estos árboles cuando el sol calienta más, paseando, abrazadas las

dos, en estas hermosas noches, a la luz de la luna, sin otro ruido que el zumbido de los insectos, que tan melodioso me parece porque me dice que estoy en el campo, en pleno aire libre, y el canto de ese pájaro melancólico cuyo nombre desconozco, pero que hace brotar de mis ojos lágrimas dulcísimas cuando, por la noche, lo escucho desde mi ventana! ¡Qué bello es el campo, Marianna mía! ¡Si estuvieras aquí conmigo! ¡Si pudieras ver estos montes, el claro de luna o el amanecer, y las grandes sombras de los bosques, y el azul del cielo, y el verde de las viñas que se esconden en los valles y rodean las casitas, y este mar inmenso y azul, que brilla allá a lo lejos, y todos estos pueblos que trepan por las laderas de los montes, y que son grandes pero parecen pequeñitos al lado de la majestad de nuestro viejo Mongibello! ¡Si vieras qué bello es desde tan cerca nuestro Etna! Desde el mirador del convento se veía como un gran monte aislado, con la cumbre siempre cubierta de nieve; ahora, desde aquí, puedo contar las cimas de todos los montecillos que le ponen como una corona, diviso sus valles profundos, sus pendientes boscosas, su cumbre soberbia donde la nieve, extendiéndose por los barrancos, dibuja inmensos surcos marrones.

¡Todo aquí es hermoso: el aire, la luz, el cielo, los árboles, los montes, los valles, el mar! Cuando doy gracias al Señor por todas estas cosas bellas, lo

hago con una palabra, con una lágrima, con una mirada, sola, en medio de los campos, arrodillada sobre el musgo de los bosques o sentada sobre la hierba. Me parece que al buen Dios debe de alegrarle más que lo haga así, porque le doy gracias con toda el alma y mi pensamiento no está aprisionado bajo las oscuras bóvedas del coro, sino que se extiende por las majestuosas sombras de estos bosques y por toda la inmensidad de este cielo y de este horizonte. Nos llaman «las elegidas» porque estamos destinadas a ser esposas del Señor; pero ¿el buen Dios no ha hecho para todas estas cosas bellas? ¿Por qué solo Sus esposas deberían ser privadas de ellas?

¡Qué feliz soy, Dios mío! ¿Te acuerdas de Rosalia, que quería probarnos que el mundo era más bello fuera de nuestro convento? No nos lo acabábamos de creer, ¿recuerdas? ¡Y nos mofábamos de ella! Si no hubiera salido nunca del convento, no me habría convencido nunca de que Rosalia tenía razón. Nuestro mundo era bien restringido: el altar-cito, aquellas pobres flores que languidecían en los jarrones, privadas de aire, el mirador desde el que se veían un montón de tejados y, más allá, a lo lejos, como en una linterna mágica, el campo, el mar y todas las cosas bellas creadas por Dios, nuestro pequeño jardín que parece hecho a propósito para que se puedan ver los muros del claustro por encima de los árboles y que se recorre todo en cien pasos,

donde se nos permitía pasear durante una hora bajo la vigilancia de la madre superiora, pero sin poder correr y divertirnos... ¡Eso era todo!

Y, además, mira, la verdad es que no sé si hacíamos bien en no pensar un poco más en nuestra familia. Yo soy la más desgraciada de todas las novicias, es cierto, porque perdí a mi madre. Pero, ahora mismo, quiero a mi papá bastante más que a la madre superiora, a mis compañeras y a mi confesor; siento que lo quiero con más ternura aunque pueda decir que no lo conozco íntimamente sino desde hace veinte días. Ya sabes que fui encerrada en el convento cuando no tenía todavía siete años, cuando mi pobre madre me dejó sola... Me dijeron que me darían otra familia, otras madres que me querrían... Es cierto; sin embargo, el amor que le tengo a mi padre me hace comprender que habría sido muy distinto el afecto de mi pobre madre.

¡No puedes imaginarte lo que experimento dentro de mí cuando mi querido papá me da los buenos días y me abraza! ¡Nadie nos abrazaba nunca allí, tú lo sabes, Marianna!... La regla lo prohíbe... Y, sin embargo, no me parece que sea nada malo sentirse tan amadas...

Mi madrastra es una mujer excelente porque no se ocupa más que de Giuditta y de Gigi, y me deja correr por las viñas a mis anchas. ¡Dios mío! Si me prohibiese saltar por los campos como se lo

prohíbe a sus hijos con el pretexto de evitar una caída o una insolación, sería muy infeliz, ¿no es verdad? Aunque, probablemente, es más buena y más indulgente conmigo porque sabe que no podré disfrutar de todas estas diversiones durante mucho tiempo y que, después, volveré a estar encerrada entre cuatro paredes...

Bueno, mientras tanto, no pensemos en esas cosas feas. Ahora estoy contenta, feliz, y me asombro del miedo de aquella gente y de cómo maldice el cólera... ¡Bendito cólera que me hace estar aquí, en el campo! ¡Ojalá durase todo el año!

¡No, no tengo razón! Perdóname, Marianna. ¡Quién sabe cuánta gente llora mientras yo río y me divierto!... ¡Dios mío! ¿Es preciso que yo sea tan desgraciada siempre salvo ahora, cuando todos los demás sufren? No me digas que soy mala; querría ser tan solo como el resto de la gente, nada más, y disfrutar de estas bendiciones que el Señor nos ha dado a todos: ¡el aire, la luz, la libertad!

¿Ves cómo mi carta se ha vuelto triste sin que yo me diera cuenta? No te preocupes por esto, Marianna, pasa por alto esta parte que tacho con una buena cruz, así... Ahora, en compensación, te describiré nuestra preciosa casita. Tú no has estado nunca en Monte Ilice, ¡pobrecita! ¿Cómo se les ocurrió a tus padres la idea de encarcelarte en Mascalucia? ¡Una aldea!... Casas adosadas a otras casas, calles,

iglesias... De esas hemos visto ya demasiadas... Lo que hace falta es venir aquí, al campo, entre los montes, donde para ir a la casa más cercana es necesario correr, salvar fosos, saltar pequeños muros, donde no se oye ni ruido de carruajes, ni sonido de campanas, ni voces de extraños, de gente indiferente. ¡Esto es el campo! Nosotros vivimos en una bella casita situada sobre la pendiente de la colina, entre las viñas, al límite del castañar. Una casita muy pequeña, muy pequeña, ¿sabes?, ¡pero tan airosa, alegre, risueña! Desde todas las puertas, desde todas las ventanas se ve el campo, los montes, los árboles, el cielo... y no paredes, tristes paredes ennegrecidas. Delante, hay una pequeña explanada y un grupo de castaños que cubren el tejado con un paraguas de ramas y de hojas, entre las cuales los pajarillos cantan todo el santo día sin cansarse nunca. Yo ocupo una habitacioncita lindísima, donde cabe apenas mi cama, que tiene una buena ventana que da al castañar. Giuditta, mi hermana, duerme en una habitación grande y hermosa al lado de la mía, pero no cambiaría mi «cajita», como la llama bromeando papá, por su hermoso cuarto; además, ella necesita mucho espacio para todos sus vestidos y sus sombreritos, mientras que yo, cuando he plegado mi hábito sobre una silla al pie de la cama, ya tengo todo hecho. Sin embargo, por la noche, cuando escucho desde la ventana el movimiento rumoroso de

las frondas y, entre esas sombras que adoptan formas fantásticas, veo un rayo de luna agitarse entre las ramas como un espectro blanco, y escucho a ese ruiñeñor que gorjea a lo lejos, se me puebla la mente de tantas fantasías, de tantos sueños, de tantas dulzuras que, si no tuviera miedo, esperarí de buena gana la llegada del día en la ventana.

Al otro lado de la explanada, hay una linda cabañita con el tejado de paja y de juncos donde vive la familia del labrador. ¡Si vieras la cabaña qué pequeña es, pero qué limpia! ¡Cómo está todo allí de ordenado y bien conservado! La cuna del pequeño, el camastro de paja, la mesita... Por aquella cabañita sí que daría yo mi pequeña habitación. Tengo la impresión de que esta pequeña familia, reunida en dos palmos de terreno, debe amarse más y ser feliz en mayor medida; que los afectos circunscritos entre esas estrechas paredes deben de ser más íntimos, más completos; que el corazón, conmovido y casi aturrido por el cotidiano espectáculo de este horizonte tan inmenso, debe de hallar una alegría, un consuelo, al replegarse sobre sí mismo, al encerrarse entre sus seres queridos, al limitarse a un espacio pequeño, entre los pocos objetos que forman su parte más íntima, que debe de sentirse más completo al encontrarse más cercano a ellos.

¿Qué te escribo? ¿Qué te escribo, Marianna? Te reirás de mí, y me dirás que soy un san Agustín en

enaguas, pero, perdóname, querida, tengo el corazón tan plétórico que, sin darme cuenta de ello, cedo a la necesidad de comunicarte todas las nuevas emociones que experimento. Los primeros días en que salí del convento y vine aquí, estaba aturdida, abstraída, despistada, como transportada a un mundo nuevo; todo me turbaba, todo me confundía. ¡Imagínate un ciego de nacimiento que, por un milagro, recobra la vista! Ahora, me he habituado a todas estas nuevas impresiones, parece que me encuentro el corazón más ligero, el alma más pura. Hablo conmigo misma, me respondo, hago examen de conciencia; no un examen tímido y asustado, lleno de arrepentimientos y remordimientos, como el que hacíamos en el convento, ¡sino un examen de alegrías, de felicidades, bendiciendo al Señor que me las concede, sintiéndome elevar hasta Él por una lágrima o con solo fijar los ojos en la luna y en el firmamento estrellado!

¡Dios mío! ¡Si todas estas alegrías fueran un pecado...! ¡Si el Señor se enfadase al verme preferir al convento, al silencio, a la soledad, al recogimiento, el campo, el aire libre, la familia...! Si estuviera aquí aquel buen y viejo confesor nuestro, resolvería mis dudas, disiparía mi turbación, me aconsejaría, quizá me reconfortaría... Cuando me asaltan estos escrúpulos, cuando estoy atormentada por estas incertidumbres, ruego al Señor que me ilumine, que

me aconseje, que me ayude. Ruégale tú también por mí, Marianna.

Mientras tanto, lo alabo, le doy gracias, lo bendigo, le ruego que me haga morir aquí o que me dé la fuerza, la vocación, la resignación si es que mi destino es hacer votos solemnes y renunciar para siempre a todas estas bendiciones para encerrarme en el convento y dedicarme a Él, a Él solo, enteramente. Acaso no seré digna de tanta gracia, seré una pecadora, pero cuando al hacerse la noche veo a la mujer del labrador que reza el rosario con su hijito mayor en las rodillas, sentada al lado del fuego que cuece la menestra de su marido, moviendo con el pie la cuna donde duerme su bebé, me parece que la oración de esa buena mujer tranquila, serena, llena de reconocimiento por la felicidad que Dios le ha prodigado, debe de subir hasta Él bastante más pura que la mía, que está llena de turbaciones, ansiedades, deseos que no convienen a mi estado y de los cuales no puedo defenderme del todo.

¿Te das cuentas de la carta tan larga que te he escrito?! No te me enfurruñes más, pues, y respóndeme con una carta aún más larga que la mía. Háblame de ti, de tus padres, de tus diversiones y de tus pequeños disgustos, como hacíamos todos los días, allá en el convento, en las horas de recreo, manteniéndonos abrazadas. ¿Lo ves?, me parece que he estado charlando largo rato contigo, estrechándote las manos

como entonces, y que tú me has escuchado con tu habitual sonrisita, alegre y maliciosilla, en los labios. Háblame pues, habla a través de cuatro buenos folios (¡cuidado que no me contentaré con menos!), ellos me contarán todo lo que tú les hayas dicho destinado a mí. Cuéntame de todo, largo y tendido. Dime lo que ves, lo que piensas, qué haces con tu tiempo, si te aburres, si te diviertes, si estás contenta, feliz como yo, si piensas en tu Maria; dime cuál es el color de tu vestido, ¡porque ya sé que tú tienes un vestido, como una señorita! Dime si tienes flores bonitas en tu jardín, si hay castaños en Mascalucia como aquí, si has asistido a la vendimia. Habla pues, te escucho. No me hagas esperar mucho tiempo.

Adiós, adiós, mi Marianna, hermana mía; te mando cien besos con el pacto de tenerlos de vuelta.

Tu Maria

*19 de septiembre*

Marianna mía:

Aquí no llegan más que malas noticias, no se ven sino rostros espantados. El cólera se desencadena en Catania. Hay una especie de terror, una desolación general.